

XXI

Al entrar en casa de la González, ésta acudió presurosa á mi encuentro, y me causó sorpresa el verla muy alegre, con esa alegría inquieta y febril de los niños, que rien, cantan, golpean y destrozan cuanto encuentran al paso. Mi ama me habló lo que después diré, y á cada frase se interrumpía para cantar alguna tonada ó estribillo de los infinitos que enriquecian su repertorio de sainetes.

—¿Qué pasa para tanta alegría, señora?

—He tenido carta de la señora marquesa—me contestó—la cual viene mañana á preparar la función. Yo estoy encargada de dirigir la escena.

Sal quiere el huevo
y el demonio del gato
vertió el salero.

—Buen provecho—dije.—¿Y qué cuenta de la señora Lesbia?

—Que la pusieron en libertad á la media hora conociendo que nada resultaba contra ella. También dejaron libre á Don Juan. Pronto les tendremos aquí, y la función no se retrasará ¡Qué placer! Yo dirijo la escena.

Madre, y qué gusto
es ver á dos gitanos
trocar de burros.

—Pues sea enhorabuena.

—Pero hay un inconveniente, Gabriel—prosiguió.—Ya sabes que ninguno de esos señores quiere hacer el papel de Pésaro por ser muy desairado. Perico Rincón, mi compañero, dijo que lo haría, si le daban mil reales; pero cádate que ha caído con una pulmonía, y si la función es para el 6, no sé cómo nos compondremos. ¿Quieres hacer tú el papel de Pésaro?

—¡Yo! yo representar—esclamé con espanto.—No quiero ser cómico.

—Pero representas de aficionado, tontuelo, y el honor de salir á las tablas en un teatro como el de la marquesa, es tal, que muchos currutacos se desvivirían por obtenerlo. ¡Y yo dirijo la escena!

En mi casa me dicen
que soy usía, que soy usía,
porque amo á un escribiente
de lotería.

—Con que chico, vas á aprender ese papel; que aunque es superior á tu edad, con unas barbas postizas, arregladas por mí, y teniendo tú cuidado de ahuecar la voz, quedarás que ni pintado. Además, no olvides que la señora marquesa ha ofrecido dos mil reales á todas las partes de por medio que trabajen en esta representación. Juanita, que hace de Hermancia, no cobra más que mil.

La noche de San Pedro
te puse un ramo
y amaneció florido
como mil Mayos.

¿Con qué aceptas, chiquillo, si ó no?

No pude menos de discurrir que sería muy tonto si renunciaba á poseer aquellos dineros, que me venían como anillo al dedo para ofrecer á Inés un auxilio en su tribulación. Sin embargo, me repugnaba el oficio de cómico, y más aún la idea de verme nuevamente entre personas á quienes había cobrado cierta repugnancia. Con todo, después pesar los inconvenientes y las ventajas, me decidí al fin, y hasta (debo contárselo

el pícaro demonio de la vanidad intentó de nuevo asaltar mi alma poniendo ante los ojos de mi imaginación la honra, el lustre, el tono que me daría alternando con tanta gente aristocrática en aquellas magníficas salas cuyas alfombras no era dado pisar á todos los mortales. Pero lo que principalmente me indujo á aceptar fué el premio ofrecido, que era para mí una cantidad fabulosa, un sueño de oro.

—La Providencia divina me envía esos dos mil reales que son diez duros, y otros diez, y otros diez, etc.... ¡quí! si no se pueden contar. Buen tonto seré si no los cojo.

Dejé á mi ama, que al retirarme yo cantaba:

Alons, madamusella,
asamble reunión
á tour de la butella
feran le rigodón,

y volví á casa de Inés, á quien participé la riqueza que me aguardaba, prometiendo regalársela. Pasé allí largas horas entristecido por el espectáculo que ofrecía la pobre y enferma Doña Juana, cada vez más empeorada. Al salir á la calle, cuando pasaba junto al gran portal, vi que de un enorme carro sacaban telones pintados y otros aparatos de teatro, los cuales venían, según me dijo el portero, de casa de D. Francisco Goya.

—Dentro de tres ó cuatro días—añadió,—es la función. Ya es seguro que vendrá la señora duquesa á hacer el papel de Edelmira.

Oído esto, me retiré pensando en que tal vez alcanzaría yo un triunfo escénico si tenía serenidad suficiente para no asustarme ante público tan distinguido.

Los ensayos de mi papel empezaron con gran actividad, y el mismo Isidoro me dió varias lecciones, haciéndome declamar trozo á trozo los principales y más difíciles pasajes. Entonces pude comprender mejor que nunca el violento y arrebatado carácter del célebre actor, pues cuando yo no aprendía un verso tan pronto y tan bien como él deseaba, se enfurecía, llamándome torpe, necio, estúpido, sin omitir otros calificativos algo más duros y malsonantes. Ensayando, ve

muy presente la máxima que corría muy válida entre los cómicos del Príncipe, y era que, representando con Máiquez, convenía trabajar bien, aunque no demasiado bien, pues en este caso el gran maestro se enojaba tanto como en el caso contrario.

A vuelta de dos ó tres días de trabajo ya sabía regularmente mi parte, siendo mi principal empeño declamar bien el parlamento de salida, cuando el Dux de Venecia me dice:

Insigne amigo del valiente Otelo.

Hubo un ensayo general, á que asistieron todos menos Lesbia, y me parece que no lo hice mal. Por mi la representación no debía retrasarse, y el día 5 ya recitaba del principio al fin mi papel sin que se me escapara un verso. Según me dijo mi ama, la señora duquesa había venido del Escorial el 4 por la noche.

--De modo que nada falta ya.

--Nada--me contestó con la bulliciosa jovialidad que la afectaba por aquellos días.--¡Y yo dirijo la escena!

Donde yo campo
nenguno campa.
A bailar el bolero
y asar castañas,
apuesto á todo el orbe
con la más guapa.
Dale que dale,
suenen las castañetas
rabie quien rabie.

Llegó por fin el día señalado, y desde por la mañana muy temprano me puse en ejercicio, corriendo de aquí para allí en busca de mil cosas que mi antigua ama necesitaba. Los afeites de la calle del Desengaño, los trajes pintados en la de la Reina, las telas y cintas, cotonías, muselinetas, pañuelos salpicados de Doña Ambrosia de los Linos, todo se puso en movimiento para dar cumplida satisfacción á los caprichos de Pepita. Debo advertir que aunque ésta no trabajaba más que como directora de escena en la tragedia *Otello*, cantaba en el intermedio una graciosa tonadilla; y por fin de fiesta al saine-

te titulado *La venganza del Zurdillo*, del buen Cruz, corría también por cuenta de ella. Mientras desempeñaba yo por Madrid tantas y tan diferentes comisiones, iba recitando de memoria los versos de la parte de Pésaro, y cuando se me trascordaba algún pasaje, sacaba el papel del bolsillo, y metido en un portal, leía en voz alta, llamando la atención de los transeuntes.

Durante mi largo paseo por la villa, noté grande agitación. La gente se detenía formando grupos, donde se hablaba con calor; y en alguno de éstos no faltaba quien leyese un papel, que al punto conocí era la *Gaceta de Madrid*. En la tienda de Doña Ambrosia encontré, ¡oh rara é inexplicable casualidad! á D. Lino Paniagua y á D. Anatolio, el papelista de enfrente, cuyos personajes no ocultaban su inquietud por los acontecimientos del día.

—Ya me esperaba yo tan inaudita perfidia—dijo este último.—¡Cómo se ve en este decreto la mano alevosa del infame choricero!

—Pero léanos usted de una vez el decreto—dijo Doña Ambrosia,—aunque sin oírle ya sé que el Sr. Godoy nos habrá hecho una nueva trastada.

—No es más—continuó el papelista,—sino que se han ido á la prisión del Príncipe, y poniéndole una pistola al pecho, le han obligado á escribir estas herejías; sí, señores, porque es imposible que un joven tan caballeroso, tan honrado y de tan buen entendimiento como es el hijo de nuestros Reyes, se rebaje y se humille hasta el extremo de pedir perdón como un chico de escuela, y de acusar tan villanamente á los que le han ayudado.

—Pero lea usted, Sr. D. Anatolio.

Entonces D. Anatolio limpió el gaznate, y con tono de pedagogo leyó el famoso decreto de 5 de Noviembre, que empieza así: "*La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse á ello un padre amoroso. . .*" Lo notable de este decreto, en que se anunciaba á la nación el arrepentimiento del Príncipe conspirador, eran las dos cartas que él había dirigi-

do á la Reina y al Rey, y que casi puedo transcribir aquí sin echar mano de la historia, donde están para *in æternum* consignadas, porque las recuerdo muy bien; tan originales y gráficos eran el lenguaje y tono en que estaban escritas. Decía así la primera:

«Papá mío: he delinquido, he faltado á V. M. como Rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de V. M., pero fui sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies á su reconocido hijo.—*Fernando.*»

La segunda era como sigue:

«Mamá mía: estoy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y Reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá, para que permita ir á besar sus reales pies á su reconocido hijo.—*Fernando.*»

En estas cartas aparecía el pobre Príncipe como el más despreciable de los seres, pues demostrando no tener ni asomo de dignidad en la desgracia, confesaba que *había mentido* y después de *delatar á los culpables*, pedía perdón á sus papás como un niño de seis años que ha roto una escudilla. Pero entonces los honrados y crédulos burgueses de Madrid no comprendían que ocurriera nada malo sin que fuera causado por el atrevido Príncipe de la Paz, y hasta las malas cosechas, los pedriscos, los naufragios, la fiebre amarilla y cuantas calamidades podía enviar el cielo sobre la Península, se atribuían al favorito. Así es que nadie veía en las citadas cartas una manifestación espontánea del Príncipe, sino antes bien una denigrante confesión arrancada por sus carceleros, para ponerle en ridículo á los ojos del país entero. Si ésta fué la intención de la Corte, produjo efecto muy contrario al que se proponían, pues conocido el decreto, el público se puso de parte del prisionero, y abrumó al valido con su ardiente maledicencia, suponiéndole autor, no sólo del decreto sino de las cartas.

—¿Necesita esto comentario?—dijo D. Anatolio, dejando la *Gaceta* sobre el mostrador.

—Pues yo—dijo Doña Ambrosia,—quisiera estar oyendo por el agujero de una llave lo que dice Napoleón de todas estas cosas.

—Eso—indicó con malicioso gesto D. Anatolio,—no necesitamos oírlo, pues bien claro es que ya tiene decidido quitar del trono á las Reyes padres, para ponernos en él á nuestro Príncipe querido. Si ... que no sabrá hacerlo en menos que canta un gallo el buen señor.

—¡Qué escándalo!—exclamó con timidez D. Lino Panagua.—Y eso se dice en voz alta, donde pudieran oírlo personas allegadas al Gobierno.

—¡Bah, bah!—respondió el papalista.—Amigo D. Lino, esto va por la posta. Dentro de un mes no queda aquí ni rastro de *choricero*, ni Reyes padres, ni escándalos, ni picardías, ni otras cosas que callo por respeto á la Nación.

—Ojalá tenga usted boca de ángel, Sr. D. Anatolio—añadió la tendera,—y quiera Dios tocarle pronto el corazón al Sr. de Bonaparte, para que venga á arreglar las cosas de España.

El abate D. Lino no quiso oír más y se marchó; despacháronme á mí, y allí quedaron ambos comerciantes arreglando los asuntos de España.

No quiso entrar en casa sin hablar un poco con Pacorro Chinitas, que estaba en su sitio de costumbre, afilando cuchillos y tijeras.

—¡Hola, Chinitas!—le dije—¡Cuánto tiempo que no nos vemos! Anda la gente muy alarmada por ahí.

—Sí: la *Gaceta* trae hoy no sé qué papel. En la tienda del buñolero le oí leer, y decían todos que era preciso colgar á *choricero* por los pies.

—¿De modo que creen ha sido escrito por él?

—¿Y á mí qué más me da?—respondió incorporándose.—Lo que digo es que todos son buenas piezas, y si no vengan acá. Dicen que el Ministro sacó de su cabeza esas cartas y obligó al Príncipe á firmarlas. ¿Pues para qué las firmó? Es

acaso algún niño que todavía está en planas de primera? ¿No tiene veintitrés años? Pues con veintitrés años á la espalda se puede saber lo que se firma y lo que no se firma.

Las razones de Chinitas me parecían de un buen sentido incontestable.

—Aunque no sabes leer ni escribir—le dije,—me parece, Chinitas, que tú tienes más talento que un Papa.

—Pues los tenedores, los frailes, los currutacos, los usias, los abates, los covachuelistas y toda esa gente que anda por ahí, están muy entusiasmados creyendo que Napoleón va á poner al Príncipe en el trono. Dios nos la depare buena.

—¿Y tú, qué crees insigne amolador?.....

—Creo que somos unos archipámpanos si nos fiamos de Napoleón. Este hombre, que ha conquistado la Europa con quien no dice nada, ¿no tendrá ganas de echarle la zarpa á la mejor tierra del mundo, que es España, cuando vea que los Reyes y los Príncipes que la gobiernan andan á la greña como mozas del partido? Él dirá con razón: «Pues á esa gente me la como yo con tres regimientos.» Ya ha metido en España más de veinte mil hombres. Ya verás, ya verás, Gabriellillo, lo que te digo. Aquí vamos á ver cosas gordas, y es preciso que estemos preparados, porque de nuestros Reyes nada se debe esperar, y todo lo hemos de hacer nosotros.

Mucho meollo encerraban, como conocí más tarde, estas palabras, las últimas que en aquella ocasión oí á Pacorro Chinitas. El solo había previsto los acontecimientos con ojo seguro, y en cambio el héroe del siglo, que conocía á España por sus Reyes, por sus Ministros y por sus usias, quería saberlo todo y no sabía nada. Su equivocación acerca del país que iba á conquistar se explica fácilmente: supo sin duda lo que decían Doña Ambrosia, D. Anatolio, el hortera, el padre Salmón á otros peasonajes; pero ¡ay! no oyó hablar al amolador.

XXII.

Llegó la noche, y la función de la marquesa era preparada con mucha actividad. Cuando dejé las ropas de mi ama en el cuarto que se le había destinado para vestirse, por la escalera pequeña subí al sotabanco, y encontré á Inés muy apesadumbrada porque los dolores de la enferma se habían recrudecido y mostraba la buena mujer mucha inquietud. Yo estuve allí para consolar á mi amiga y á su buen tío todo el tiempo de que pude disponer; pero al fin me fué forzoso abandonarlos, y bajé á casa de la marquesa muy afligido.

Describiré aquella hermosa mansión para que ustedes puedan formarse una idea de su esplendor en tan célebre noche. D. Francisco Goya había sido encargado del ornato de la casa, y casi es excusado elogiar lo que corría por cuenta de tan sabio maestro. Desde el recibimiento hasta la sala había adornado las paredes con guirnaldas de flores y festones de ramaje, hechas aquéllas con papel y éstos con hojas de encina, ambas obras tan perfectas, que nada más bello podía apetecer la vista. Las lámparas y candelillas habían sido puestas con mucho arte, también en forma de guirnaldas y festones de diversos colores, y su vivo resplandor daba fantástico aspecto á la casa toda.

El primer salón, de cuyas paredes las modas nuevas no habían desterrado aún aquellos hermosos tapices, que pasaban de generación á generación entre los tesoros vinculados, no

perdía con tan espléndidas luminarias su grave aspecto; antes bien, las luces, dando extraños reflejos á las armaduras de cuerpo entero que ocupaban los ángulos, visera calada y lanza en mano, como centinelas de acero, parecían imprimir el movimiento y calor de la vida á los imaginarios cuerpos que se suponían dentro de ellas. Alegres cuadros de toros disipaban la tristeza producida en el ánimo por otros en cuyos oscuros lienzos habían sido retratados dos, siglos antes por Pantoja de la Cruz ó por Sánchez Coello, hasta una docena de personajes ceñudos y sombríos, conquistadores de medio mundo.

Con estas joyas del arte nacional contrastaban notoriamente los muebles recién introducidos por el gusto neoclásico de la revolución francesa, y no puedo detenerme á describiros las formas griegas, los grupos mitológicos, las figuras de Hora ó de Nereida ó de Hermes, que sobre los relojes, al pie de los candelabros y en las asas de los vasos de flores, lucían sus académicas actitudes. Todos aquellos dioses menores, que jabelgados de oro, renovaban dentro de los palacios los esplendores del viejo Olimpo, no se avenían muy bien con la desventura de los toreros y las majas que el pincel y el telar habían representado con profusión en tapices y cuadros; pero la mayor parte de las personas no paraban mientes en esta inharmonía.

El salón donde estaba el teatro era el más alegre. Goya había pintado habilísimamente el telón y el marco que componían el frontispicio. El Apolo que tocaba, no sé si lira ó guitarra en el centro del lienzo, era un majo muy garboso, y á su lado nueve manolas lindísimas demostraban en sus atributos y posturas que el gran artista se había acordado de las musas. Aquel grupo era encantador, pero al mismo tiempo la más aguda y chistosa sátira que echó al mundo con sus mágicos colores D. Francisco Goya; porque hasta el buen Pegaso estaba representado por un poderoso alazán cordobés que, cubierto de arreos comunes, brincaba en segundo término. En el marco menudeaban los amorcillos, copiados con mucho doñaire de los pilluelos del Rastro. No era aquélla la primera vez que el autor de los *Caprichos* se burlaba del Parnaso.

Pero dejemos los salones y penetremos entre bastidores, donde el movimiento y la confusión eran tales, que no nos podíamos revolver. Se habían dispuesto varios cuartos para que los actores se vistieran: á Márquez se señaló uno, otro á mi ama, y en el tercero nos vestíamos, sin distinción de sexos, todos los demás representantes venidos del teatro. Lesbia tenía por tocador el mismo de la señora marquesa, y los dos galanes aficionados se vestían en las habitaciones del amo de la casa. Creo que fui el primero que se arregló, trocándome de festivo Gabrielillo en el sombrío Pésaro, que es el Yago de la inmortal tragedia. El traje que me pusieron creo que no pertenecía á época alguna de la historia, y era como todos los que usaron los malos cómicos en las pasadas edades. Hubiera servido para hacer de paje; pero con las barbas que me aplicaron á las quijadas, me trasformé de tal modo, que los sastres allí presentes me dieron por el más tétrico y espantable traidor que había salido de sus manos.

Mientras se vestían los demás, di un paseo por el escenario, entreteniéndome en mirar al través de los agujeros del telón la vistosa concurrencia que ya invadía la sala. A quien primero vi fué al joven Maraña, sentado en primera fila junto al telón. Luego advertí que hombres y mujeres dirigieron la vista á la puerta principal, apartándose para dar paso á alguna persona que en aquel momento entraba, y cuya presencia produjo en el alegre concurso general silencio, seguido después de un murmullo de admiración. Una mujer arrogante y hermosísima entró en la sala y avanzaba hacia el centro recibiendo los saludos de amigos y amigas. Vestía de blanco, con uno de aquellos trajes ligeros y ceñidos, que llamaban *volúbilis*, llevando sobre el pecho una banda de rosas que la moda designaba con el nombre de *croissures á la victime*. Su peinado, de estilo griego, era el que en la tecnología del arte capilar se llamaba entonces *toilette Iphigenie*. A su hermosura, á la belleza de su vestido, daba mayor realce la artística profusión de diamantes que encendían mil luces microscópicas en su cabeza y en su seno. ¿Necesitaré decir que era Amaranta?

Viéndola no tardaron en encenderse dentro de mí, en los

oscuros centros de la imaginación, aquellos fuegos vaporosos y ténues, que se me representaban como si una llama alcohólica bailase coracoleando dentro de mi cerebro. Mientras la contemplaba, no traje á la memoria el envilecimiento en que habría caído siguiendo en su servicio. Su hermosura era tan hechicera, tan abrumadora, su actitud tan orgullosamente noble, el imperio de sus miradas tan irresistible y despótico, que valía la pena doblar por un momento la terrible hoja que yo había leído en el libro de su misterioso carácter. Con tal fijeza la miraba, que parecía clavado tras el telón; mis ojos trataban de buscar el rayo de los suyos, seguían el movimiento de su cabeza, y observándole las facciones y el casi imperceptible modular de sus labios, querían adivinar cuáles eran sus palabras, cuáles sus pensamientos en aquel instante. Dentro de poco se alzaría el telón; en mí se fijarían las miradas de toda aquella brillante muchedumbre y especialmente de Amaranta; atenderían á mis estudiadas palabras; y el desarrollo de la acción en que yo tomaba parte, despertaría sin duda la sensibilidad, el interés, el entusiasmo de tan escogido auditorio. Estos razonamientos fueron el agujijón que acabó de despabilar la vanidad dentro de mí, y lleno de los más necios humos pensé que hacerse aplaudir de tantas señoras y caballeros era una gloria cuyos rayos debían proyectar clarísima luz para la vida entera.

La orquesta comenzando á tocar de improviso la sonata que había de preceder á la representación, hizo llegar al último grado la excitación de mi cerebro. La sangre circulaba por mis venas velozmente, dándome una actividad devoradora; y me ocurrió que tener una casa como aquella, convidar á tantos y tan nobles amigos, recibir y obsequiar á tal conjunto de bellas damas, debía ser la mayor satisfacción concedida al mortal sobre la tierra. Pero la tragedia iba á empezar; el apuntador estaba en la concha, Isidoro había salido de su cuarto, y la misma Lesbia, menos asustada de lo que yo suponía, se preparaba á salir á la escena. Esto me distrajo, y ya no sentí sino miedo. Pasaron algunos minutos y se alzó el telón.

La tragedia *Otello ó el Moro de Venecia*, era una detestable traducción que Don Teodoro La Calle había hecho del *Otello de Ducis*, arreglo muy desgraciado del drama de Shakespeare. A pesar de la inmensa escala descendente que aquella gran obra había recorrido desde la eminente cumbre del poeta inglés hasta la bajísima sima del traductor español, conservaba siempre los elementos dramáticos de su origen, y la impresión que ejercía sobre el público era asombrosa. Supongo que todos ustedes conocerán la tragedia primitiva, y así me costará poco darles á conocer las variantes. Los personajes estaban reducidos á siete. *Otello* era el mismo. Los caracteres de Cosio y Rodrigo habían sido fundidos en una figura de segundo término llamado Loredano, que se presentaba como hijo del Dux. El senador Bravantio era Odalberto y tenía más intervención en la fábula. Desdémna no había cambiado más que de nombre, pues se llamaba Edelmira; Emilia se trocaba en Hermancia, y Yago el traidor y falso amigo del moro, tenía por nombre Pésaro. La acción estaba simplificada, y los recursos escénicos del pañuelo habían desaparecido, substituyéndoles con una diadema y una carta, que debían pasar de manos de Edelmira á las de Loredano para que, adquiridas luego por Pésaro y presentadas á *Otello*, confirmaran la calumnia de aquél. Pero aparte de estas modificaciones y del estilo, de la expresión y de la energía de los efectos que desde la obra inglesa á la española ponían tanta distancia como del cielo á la tierra, el drama en su estructura íntima era el mismo, y sus escenas se repartían igualmente en cinco actos. Para abreviar intermedios, Máiquez dispuso que en aquella representación se reuniesen los actos segundo y tercero, y el cuarto con el quinto, de modo que la obra quedó en tres jornadas.

En la segunda escena, después que el Dux recitó algunos versos, me correspondía salir á mí, haciendo en un parlamento no muy largo la relación de los triunfos militares de *Otello*. Con voz muy temblorosa dije los primeros versos:

¡Que no hayan sido vuestros mismos ojos
fieles testigos de su ardor bizarro!

Pero me fui reponiendo poco á poco, y la verdad es que no lo hice tan mal, aunque no corresponda á mi pluma el describirlo. Después entraban en escena *Otello* y más tarde *Edelmira*. Nada puedo decir de la perfección con que *Isidoro* dijo ante el Senado, el modo y manera con que encendió la llama amorosa en el corazón de *Edelmira*; y en cuanto á ésta, debo desde luego señalarla como consumada actriz, porque en la misma escena ante el senado, declamó con una sensibilidad que habría envidiado *Rita Luna*.

En el primer entreacto debían recitar versos *Moratin*, *Arriaza* y *Vargas Ponce*. El escenario se había llenado de personajes que deseaban felicitar á la triunfante *Edelmira*. Allí ví al diplomático, que no había desistido, al parecer, de hacer la corte á mi ama, pues corrió presuroso tras ella, diciéndole:

—Puede usted estar segura, adorada *Pepita*, que nuestra pasión quedará en secreto, pues ya se conoce mi reserva en estas delicadísimas materias.

Junto con él había subido al escenario *D. Leandro Moratin*, el cual era entonces un hombre como de cuarenta y cinco años, pálido y serio, de mediana estatura, dulce y apagada voz, con cierta expresión biliosa en su semblante, como hombre á quien entristece la hipocondría é inquieta el recelo. En sus conversaciones era siempre mucho menos festivo que en sus escritos; pero tenía semejanza con éstos por la serenidad inalterable en las sátiras más crueles, por el comedimiento, el aticismo, cierta urbanidad solapada é irónica, y la estudiada llaneza de sus conceptos. Nadie le puede quitar la gloria de haber restaurado la comedia española, y *El sí de las niñas*, en cuyo estreno tuve, como he dicho, parte tan principal, me ha parecido siempre una de las obras más acabadas del ingenio. Como hombre, tiene en su abono la fidelidad que guardó al Príncipe de la Paz, cuando era moda hacer leña de este gran árbol caído. Verdad es que el poeta vivió y medró bastante á la sombra de aquél cuando estaba en pie y podía cubrir á muchos con sus frondosas ramas. Si mi opinión pudiera servir de algo, no vacilaría en poner á *D. Leandro* entre los primeros prosistas castellanos; pero su poesía me ha

parecido siempre, exceptuando algunas composiciones ligeras, un artificioso tejido, ó mejor, un clavazón de durísimos versos, á quienes no pueden dar flexibilidad y brillo todos los martillos de la retórica. Moratin, además, en materia de principios literarios, tenía toda la ciencia de su época, que no era mucha; pero aun así, más le hubiera valido emplearla en componer mayor número de obras, que no en señalar con tanta insistencia las faltas de los demás. Murió en 1828, y en sus cartas y papeles no hay indicio de que conociera á Byron, á Goethe ni á Schiller, de modo que bajó al sepulcro creyendo que Goldoni era el primer poeta de su tiempo.

Pido mil perdones por esta digresión, y sigo contando. En el escenario leía Moratin el romance *Cosas pretenden de mí*, que hizo reír á los concurrentes, porque en él pintaba con mucha gracia la perplejidad en que le ponían su médico, sus amigos y su detractores. El romance era á cada momento interrumpido por afectuosas palmadas, especialmente al llegar al pasaje en que está la conversación de los pedantes; ¿pero quién negará que en aquella composición Moratin no hace otra cosa que una apoteosis de su persona?

Dejemos al grande ingenio asfixiándose en el humo de los plácemes más lisonjeros, y sigamos la intriga del drama que ibama á representarse entre bastidores, no menos patético que el comenzado sobre las tablas y ante el público.

XXIII

Al concluir el primer acto, y cuando, aún no habían comenzado los poetas á recitar sus versos, sorprendí á Isidoró en conversación muy viva con Lesbia. Aunque hablaban en voz baja, me pareció oír en boca del actor algunas recriminaciones y preguntas del tono más enérgico, y creí advertir en el rostro de la dama cierta confusión ó aturdimiento. Cuando se separaron, mi desgracia quiso que Lesbia se encarasen conmigo, interpellándome de este modo:

—Ah, Gabriel! Buena ocasión de hablarte á solas. Ya podrás figurarte para qué. He estado llena de inquietud desde que supe que habia sido presa la persona. . . .

—Ah! usia se refiere á la carta—dije atusándome los bigotes postizos para disimular mi turbación.

—Supongo que no iría á manos extrañas. Supongo que la guardarias, y que la habrás traído esta noche para devolvérmela.

—No señora, no la he traído; pero la buscaré. . . es decir. . .

—¿Cómo!—exclamó con mucha inquietud,—¿la has perdido?

—No señora. . . quiero decir. La tengo allí. . . sólo que yo. . . fué la única respuesta que se me vino á las mientes.

—Confío en tu discreción y en tu honradez—dijo con mucha seriedad,—y espero la carta.

—Sin añadir una palabra más se retiró, dejándome muy entristecido por el grave compromiso en que me encontraba.